

apre invece per l'Autore una prospettiva feconda per la filosofia della religione e non soltanto per essa.

Questo studio di Pirolozzi si qualifica nell'ambito degli studi hegeliani – sollecitati dalla apparizione dell'Edizione storico-critica – per il suo solido impianto teoretico, la esauriente documentazione delle tesi esposte, l'ampiezza dei contenuti sviluppati, che abbracciano l'orizzonte 'teologico' in punti decisamente qualificanti, quali la trinità, la creazione, il male, l'incarnazione, la comunità. Il pensiero di Hegel sulla religione è un pensiero rigorosamente speculativo e insieme un pensiero che ascolta e ripensa i contenuti oggettivi della rivelazione, della quale vuole ricostruire la "logica", cioè la ragione immanente, il logos. Questo approccio mantiene la sua fecondità anche nell'epoca della pluralità delle religioni e delle fedi, perché offre un complesso di pensieri oggettivi sulla struttura dell'essere (divino, umano, naturale) che possono contribuire al (necessario) dialogo e al vicendevole riconoscimento fra le esperienze religiose. Il pensiero di Hegel è una delle tre grandi "forme di attuazione" della filosofia tedesca classica, come ha mostrato Wolfgang Janke, assieme alla filosofia dell'immagine dell'assoluto di Fichte e alla filosofia della rivelazione di Schelling. Il libro di Pirolozzi favorisce senza dubbio un auspicabile confronto sistematico – libero da pregiudizi e interessato alla verità – fra i pensieri essenziali o le forme di comprensione della realtà di questi grandi filosofi, dal quale potrebbero trarre ispirazione e impulso una filosofia e una teologia (ecclesiale) che siano, ciascuna a suo modo, ricerca, ascolto del logos.

Marco IVALDO

Josep-Ignasi SARANYANA, *Historia de la teología cristiana (750-2000)*, EUNSA, Pamplona 2020, 992 pp.

Josep-Ignasi Saranyana Closa, profesor emérito de la Universidad de Navarra, se jubiló en 2011, tras muchos años de docencia de "Historia de la teología", una materia bastante novedosa en los planes de estudio eclesiásticos. La Universidad le encargó entonces la redacción de un manual, fruto de sus lecciones, que es la obra que ahora aquí nos ocupa.

Recordemos que había publicado, junto con J.L. Illanes, un breve manual de *Historia de la teología* (BAC, Madrid 1995), que configura, a junto a los tres volúmenes de E. Vilanova, *Historia de la Teología cristiana* (Herder, Barcelona 1987-1992), el de J. Belda Plans, *Historia de la teología* (Palabra, Madrid 2010) y pocos más, la bibliografía esencial sobre el tema en lengua española. Existen, en otros idiomas, historias de la teología debidas a varios autores, lo cual resta homogeneidad a la perspectiva adoptada. La obra de Saranyana, en cuanto a su extensión, se encuentra a medio camino entre la de Belda y la de Vilanova. Estas dos tratan toda la historia del cristianismo, desde los orígenes hasta nuestros días, mientras que Saranyana empieza con el Renacimiento carolingio.

Digamos, para empezar, que no es un manual “convencional”, como sí lo era el que había publicado con Illanes, o como lo son el de Belda o el de Vilanova. No lo es ni por la distribución temporal, ni por la elección y el espacio dedicado a los autores. Así como Belda, Vilanova o el propio Saranyana (con Illanes) habían asignado una proporción más o menos igual a las distintas épocas de la historia de la teología, en el libro que nos ocupa, el profesor barcelonés consagra más de la mitad de la obra, es decir, casi quinientas páginas, al siglo XX. En cambio, dedica solamente un tercio del libro a más de mil años (750-1800). Por lo tanto, pasa bastante selectivamente por el Antiguo Régimen, y discute pormenorizadamente la teología del siglo XX.

Aunque esta obra se refiera a la “teología cristiana”, lo cierto es que podría titularse mejor “historia de la teología católica”, con algunas necesarias incursiones en el pensamiento reformado, aunque solamente sea para esclarecer las opiniones de los católicos. La teología ortodoxa – como bien apunta el propio Saranyana – casi no se trata, y de la Reforma solamente se abordan algunos autores y corrientes. En realidad, lo que le interesa es la historia de la teología católica, si bien se percata de que, para entender la teología moderna y contemporánea, no puede hacerlo sin conocer la tradición luterana y calvinista.

Cierto es que los temas clásicos – comunes a todas las Historias de la teología – en su mayoría han sido abordados, aunque junto a ellos florecen otros que obedecen a la prolongada investigación de Saranyana en ciertos ámbitos, como, por ejemplo, la teología latinoamericana, y una aproximación muy selectiva a la teología hispana contemporánea. El espacio asignado a los diversos autores es muy curioso, pues Saranyana

profundiza y dedica muchas páginas a algunos que no aparecerían en otros manuales, mientras que no trata sistemáticamente o cita de pasada a otros muy centrales. Es, por lo tanto, una obra “de autor”, en la que cuenta más el enfoque y la originalidad – siempre presente en la lúcida producción de Saranyana –, que la voluntad de seguir por los caminos tradicionales.

Pongamos algún ejemplo: el autor no dedica ningún epígrafe a Erasmo, Lefèvre d'Étaples, Zwinglio, Müntzer, Böhme, ni a los teólogos anabaptistas, como tampoco a las teologías antitrinitarias como la de Servet, o autores como Toland, Bayle, Butler, Bonald, De Maistre o Péguy. Nada se dice de la escolástica reformada ortodoxa (Voetius, Turretini, Vermigli, Calov...). Sin embargo, consagra diversos epígrafes a la teología latinoamericana de la época colonial (Ramón Pané, Pedro de Córdoba...), a los teólogos españoles de entreguerras (González Arintero, Joan Baptista Manyà, Carles Cardó...) y un amplio espacio al estudio de las obras de los del siglo XX, como Aurelio Fernández, Cándido Pozo, Josep Maria Rovira o Juan Luis Ruiz de la Peña.

Dedica, por ejemplo, respectivamente, una página a Nicolás de Cusa, a San Ignacio, a San Juan de Ávila o a Santa Teresa, y tres páginas a Ramon Llull, Roberto Bellarmino, Miguel Bayo o Louis Thomassin. La teología de los siglos XIX y XX merece, para Saranyana, mayor espacio: consagra unas cuatro páginas a Ernest Renan o Johannes Baptist Franzelin, las mismas que merecen Henri de Lubac o Karl Adam. Asigna unas seis páginas a Rudolf Bultmann, Jürgen Moltmann, Leo Scheffczyk o Pedro Rodríguez, mientras que unas diez a Marie-Dominique Chenu, Yves Congar, Romano Guardini, Michael Schmaus, Edward Shilliebeck, Josep Gil i Ribas, José Luis Illanes y Salvador Pie-Ninot.

Con ello se pueden atisbar las directrices del manual, que se caracteriza, a nuestro entender, por cuatro grandes rasgos: una defensa de la orientación metafísica de la teología; la abierta preferencia por Santo Tomás; el carácter progresivo de la teología, de acuerdo con el acontecer histórico y el Magisterio de la Iglesia; así como también por una cuidadosa atención a la teología hispánica.

La orientación metafísica se explica por la predilección especulativa de Saranyana, quien considera que la base ontológica es fundamental para esclarecer los grandes misterios de la religión cristiana, hasta donde sea posible. Sin desprestigiar en absoluto el manejo del dato bíblico, el au-

tor considera que solamente se puede entender la teología en el almacén metafísico. Se entiende así la insistencia en manejar la obra de grandes filósofos y las muchas páginas dedicadas a Descartes, Locke, Hume, Kant...

Como consecuencia de lo anterior, es necesaria una metafísica que permita una construcción racional de la teología. De ahí que Saranyana subraye, una y otra vez, el gran hallazgo de Santo Tomás: la transcendentalidad del “esse”, que juzga mucho más adecuado para la especulación teológica que otras aproximaciones, como las de Duns Escoto, Suárez... Santo Tomás es, por lo tanto, un momento cimero de la teología, que no agota, sin embargo, los temas teológicos, que se van perfeccionando con el paso de los siglos.

Por esa razón, Saranyana elabora una historia de la teología cristiana en la que el peso de la Tradición y el Magisterio de la Iglesia van definiendo cada vez mejor los grandes misterios. Es, en este sentido, una obra de gran pulcritud doctrinal, apegada fielmente a los pronunciamientos de la Santa Sede. Es más: para Saranyana, la historia de la Teología es un desarrollo de esfuerzos individuales, culminados por el Magisterio, que cierra y resuelve los problemas y cuestiones debatidas.

Por ejemplo, el devenir de la mariología hasta el siglo XIX y XX, en los grandes teólogos, no fue sino un conjunto de intuiciones mejor o peor formadas hasta el pronunciamiento de los grandes dogmas, de la Purísima Concepción y de la Asunción de la Virgen. Es decir, los teólogos anteriores tuvieron un “déficit” – palabra Saranyana que subraya una y otra vez – en su comprensión, porque ese tema aún no se había cerrado y la Iglesia no se había pronunciado definitivamente. Por lo tanto, es explicable que la mariología de San Buenaventura, de Santo Tomás o de Escoto fuera muy perfectible, puesto que la cuestión aún no había quedado suficientemente definida.

Por lo tanto, la “historia de la teología” es, por un lado, la historia de las doctrinas de los teólogos y, por otro, la historia del Magisterio de la Iglesia. Para Saranyana, los teólogos deben tener una fidelidad – más o menos creativa – al Magisterio y a la Tradición. Por ello, es más comprensivo con los teólogos medievales, que tenían menos años de pronunciamiento magisterial a sus espaldas, que con los contemporáneos, quienes – en muchos casos – se alejan del Magisterio por concesión al mundo secular, afán de notoriedad o por otras circunstancias.

Saranyana enmarca extraordinariamente la historia de la teología en su contexto. Lo hace de un modo brillante y es muy útil para el lector. Tiene el gran acierto de trazar una historia de la teología emplazada siempre en el momento y en la situación. Sabe ser, en cada etapa, un perspicaz historiador de la Iglesia, para luego edificar mejor su discurso teológico. Este contextualismo no quita una visión providencialista, sino que ambas se dan la mano. De ahí, su interés por conocer la realidad particular, que no desdice el carácter progresivo de la historia en su globalidad. Por lo tanto, como la Iglesia tiene hoy una explicación mucho más elaborada magisterialmente de las ideas teológicas que en la época medieval, es normal que le dedique un espacio mucho mayor, pues las sutilezas de cada autor exigen un tratamiento más detallado. De ahí, la justificación de un manual tan vencido hacia lo contemporáneo.

Con todo, y frente al copioso acervo del Magisterio y la Tradición, Saranyana se muestra crítico con muchos teólogos por no adecuarse a ambas fuentes eclesiales. Trata con respeto y elegancia a todos, si bien la escasez de metafísica (por ejemplo, la fenomenología) y la lejanía del Magisterio son objeto de cariñosas reconvenciones, mientras que la ausencia de metafísica y la oposición al Magisterio (por ejemplo, al explicar la teología de la liberación o la teología feminista) merecen reproches más ásperos.

La explicación de cada autor empieza con unas breves notas biográficas, para luego ir desgranando, en su caso, sus aportaciones a la teología dogmática, moral, espiritual... mediante un diálogo directo con las principales obras y con la bibliografía. Acaba con una valoración personal, casi siempre a la luz del Magisterio. Es un proceder "escolástico", muy ordenado, aunque con algunas gotas de ironía, que sazonan todos los escritos de Saranyana. No hay que pensar que, por su carácter efusivamente magisterial, sea una obra insípida, como tantas las hay, en la que el autor se camufla bajo el manto de los Concilios y las Encíclicas. Al contrario: el libro tiene sal y brillantez, con conexiones a menudo muy sutiles.

Hay que romper muchas lanzas a favor de este manual, claro, de lectura agradable (aunque no sencilla), muy elaborado, original en tantos ejemplos y explicaciones. Será una obra muy consultada, pues Saranyana se maneja espléndidamente bien con los textos latinos y alemanes, al tiempo que ofrece valiosas traducciones de fragmentos escogidos. Las síntesis, aunque a veces sean algo subjetivas (fruto de su rico *Lebenswelt*),

son siempre sugerentes y de hondo calado especulativo. Es asimismo honesto con la bibliografía manejada, pues no incluye una catarata de títulos, sino aquellas obras que ha trabajado. Está muy al día de la investigación teológica, sobre todo de la de su Alma Mater, la Universidad de Navarra, cuyos trabajos cita muy a menudo.

La obra está muy pensada para un público hispano. De ahí las referencias a los manuales de teología moral en España o los epígrafes, tan extensos, sobre algunos teólogos especialmente caros a Saranyana. Esas entradas dedicadas a Marciano Vidal, Ruiz de la Peña, Gil i Ribas, García Suárez o Flecha Andrés las aprovecha para visitar temas que había abordado antes, ayudando al lector a comprender algunas derivas contemporáneas (por ejemplo, la recepción de la moral kantiana o los problemas de la escatología intermedia).

El lector que se adentre en esas casi mil páginas aprenderá muchas cosas del exquisito talento argumentativo y de la finura especulativa de Saranyana, tan hondo en muchos temas, al tiempo que conocerá la síntesis madura y destilada de algunos temas que él había trabajado previamente (la figura de Lutero, el Sínodo de Pistoia, la teología americana, la teología de la mujer...), sin desmerecer las laudables semblanzas de los grandes teólogos, y en particular de sus predilectos, entre los que destaca Joseph Ratzinger. No se limita a exponer el pensamiento de cada autor, sino que facilita un diálogo entre los teólogos a través de la historia, algo muy digno de mención y alabanza.

Para una próxima edición de esta obra (que tendrá muchas), es necesaria una relectura del texto, a fin de corregir los frecuentes *lapsus digiti* (fechas y nombres mal escritos, errores de puntuación...) Hay bastantes reiteraciones, pedagógicas las más, aunque otras sí deberían revisarse: por ejemplo, el contenido de la p. 185 se repite exactamente igual en la p. 312, y en las p. 750-751 se repite, palabra por palabra, lo indicado en las p. 667-668.

Deseo, para esta obra, lo mismo que sucedió a sus manuales de Filosofía medieval, la otra materia que Saranyana explicó durante años. Empezó con una *Historia de la Filosofía Medieval* (EUNSA, Pamplona 1985, 308 pp.), y se jubiló publicando *La filosofía medieval* (EUNSA, Pamplona 2011, 545 pp.).

Con Illanes, dio a las prensas un manual de 430 pp. y acaba de publicar ahora el que es objeto de la presente recensión, de 992 pp. Digamos,

pues, que Saranyana ha cumplido ya con creces el encargo de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Es momento ahora, una vez repuestas las fuerzas, de pensar en las mejoras de esta obra tan imponente. El profesor barcelonés ha sido siempre una persona paciente y con un espíritu abierto, dado a mejorar y perfeccionar su trabajo. Si al meditar la filosofía medieval, cambió una y otra vez el redactado de algunos autores, como el de Escoto, y amplió varias veces los temas, los autores y la bibliografía, estoy convencido que lo querrá hacer en este manual, tan elaborado y de factura tan personal. Y quisiera que lo pudiese hacer muchas veces: con ello, le auguro y le deseo una larga vida, y que su fecunda enseñanza pueda seguir iluminando a los lectores durante muchos años más.

Rafael RAMIS-BARCELÓ

Giuseppe TRAUTTEUR, *Il prigioniero libero*, (Biblioteca Scientifica 63)
Adelphi, Milano 2020, 140 pp.

Il volume è l'ultimo scritto del grande informatico italiano, nato a Napoli nel 1936, e da molti anni dedito non solo alla ricerca e all'insegnamento, ma anche alla divulgazione di qualità. Il titolo va ad arricchire la collana "Biblioteca Scientifica" di Adelphi, di cui è consulente scientifico fin dagli anni '60.

Il testo consta di otto capitoli più un "preliminare". Si inizia dal dubbio, riconducibile alla differenza mente/cervello, che è provocato da due spiegazioni antagoniste di ciò che accade quotidianamente: sono io a decidere delle mie azioni, oppure no? Posso rispondere che la mente, immateriale, è il centro di decisione che condiziona il mio cervello, una parte della muscolatura, gli stati di coscienza e le emozioni. Oppure no, posso affermare che non esiste se non il mio cervello, il quale agisce in modo deterministico sulla base delle interazioni con il resto dell'universo, come accade nei robot. Si tratta di due spiegazioni autoescludentesi, e la posta in gioco è così rilevante – ne va del senso del nostro esistere – che non si può non decidere. E se l'uomo comune è propenso a optare per la prima, occorre riconoscere che entrambe le alternative sono «ugualmente sconcertanti» (p. 14). La seconda, perché allora l'uomo